



Los nuevos rostros de la esclavitud

The new faces of slavery

■ Lola Galán*

Resumen

La libertad es una de las mayores aspiraciones del ser humano, especialmente en nuestro mundo global, pero cerca de 30 millones de personas viven sometidas a sus amos, desarrollan trabajos forzados, o son explotadas sexualmente. Muchos millones más viven bajo el umbral de la pobreza, en condiciones de precariedad que a veces les convierte en el eslabón más débil del tráfico de órganos.

Palabras clave

Esclavitud moderna. Tráfico humano. Tráfico de órganos. Explotación sexual.

Abstract

Freedom is one of the highest aspirations of human beings, especially in our global world, but about 30 million people live subjected to their masters, working in forced labor, or are sexually exploited. Many millions more live below the poverty line which sometimes makes them the weakest link of organ trafficking.

Key words

Modern Slavery. Human Trafficking. Organ trade. Sex trafficking.

■ Inesperadamente, como un regalo envenenado de la historia, las grandes losas del antiguo muelle del puerto de Valongo han ido emergiendo a lo largo de los pasados meses en Río de Janeiro. Las grandes obras de infraestructura para acoger los Juegos Olímpicos de 2016 en la ciudad brasileña, han ido dejando al

* La autora es periodista. Hay una versión electrónica de este texto en: www.fundacionpfizer.org y www.dendramedica.es.

descubierto la vieja arquitectura de un barrio conocido por su pasado esclavista. El puerto de Valongo era el principal anclaje en Brasil para los barcos de negreros que, procedentes de las costas de Angola, llegaban al Nuevo Mundo con mano de obra gratuita para trabajar en las minas o en las plantaciones del país. Se calcula que solo entre los siglos XVI y XVII, los barcos de negreros transportaron a unos 12 millones de personas condenadas a la esclavitud, entre las costas de África y el Nuevo Mundo.

Brasil, un crisol de razas, recibió 4,9 millones de esclavos, y no abolió esta práctica atroz hasta 1888. Los angoleños, atrapados como animales por los negreros, llegaban exhaustos a Río, tras largas y terribles travesías. Muchos de ellos eran desembarcados ya sin vida, y arrojados en fosas comunes en un cementerio sobre el que hoy se asientan las viviendas de sus humildes descendientes. Los que sobrevivían, eran enviados a *casas de engorde* para recuperar fuerzas y poder ser exhibidos en los mercados de venta de esclavos.

Como Brasil, los países del Caribe tienen una herencia mestiza que hunde sus raíces en el mismo tráfico. Por eso, y para sorpresa general, la comunidad del Caribe (Caricom), un organismo que existe desde los años setenta y en el que están integrados 16 pequeños estados —la mayoría islas—, ribereños de ese mar, acaba de reclamar a las potencias coloniales europeas daños y perjuicios por los estragos causados por siglos de esclavitud. Responsabilizan, con razón o sin ella, a ese pasado infame de sus problemas de subdesarrollo, le achacan su desaforada deuda pública y protestan por el ninguneo histórico frente a injusticia tan monumental.

Los países a los que Caricom pide una disculpa institucional y dinero que contribuya a su desarrollo, además de la condonación de las respectivas deudas exteriores, son Reino Unido, Holanda, Dinamarca, Noruega, Francia, Suiza, España y Portugal. Con independencia de la respuesta que reciba esta insólita petición, que podría acabar en los tribunales, según el bufete británico que representa a estos estados caribeños, ya ha cumplido un objetivo: poner el foco de la atención mundial en uno de los episodios más vergonzosos y terribles de la historia humana.

1. Orígenes de la esclavitud

El año 2014 parece propicio a esos recuerdos. No es casual que los Óscar hayan premiado como mejor película a *Doce años de esclavitud*, el drama de un hombre negro en el Nuevo Mundo de habla inglesa, contado por otro hombre de color, el director británico Steve McQueen; y que una intérprete negra del mismo film se haya llevado otra estatuilla.

La esclavitud existe desde la noche de los tiempos. Los pilares del mundo se asientan sobre ríos de sangre y lágrimas. Históricamente era un castigo aplicado por los vencedores a los vencidos, tan extendido, que aparece una y otra vez en la literatura y en el cine. Eurípides nos cuenta cómo Hécuba, reina de Troya, perdió la corona y pasó a ser esclava de los griegos, ganadores de la famosa contienda. Sabemos que fueron

esclavos los que levantaron las pirámides de Egipto, y los que cultivaron los campos de algodón, los cafetales de América, y trabajaron en las minas. El pueblo judío fue esclavizado por los egipcios, y tuvo que esperar a que el dios de Israel le mostrara el camino de la libertad.

La esclavitud era una condición social ínfima, que convertía a la persona en un mero objeto en manos del amo. El sometido perdía su naturaleza humana para pasar a ser un objeto carnal susceptible de ser explotado laboral o sexualmente.

Pero lejos de ser una pesadilla del pasado, la esclavitud sobrevive en nuestros días aunque sea poco visible. Ya no es una práctica admitida, como en la Grecia clásica, o en la Edad Media, o en la Edad Moderna, pero sigue siendo un negocio extremadamente lucrativo que mantiene atrapadas nada menos que a 30 millones de personas en todo el mundo. Para ser exactos, 29,8 de los seis mil millones de habitantes del globo, viven en un estado que solo puede calificarse como esclavitud, según el *Global Slavery Index* (www.globalslaveryindex.org), de 2013. Son datos obtenidos por la Fundación *Walk Free* (www.walkfree.org), que se hace eco de tres tipos de esclavitud moderna: esclavitud pura y dura, trabajo forzado y trata de personas. El índice se elabora teniendo en cuenta el número de individuos sujetos a cualquiera de estas condiciones en 162 países del mundo, si bien la situación dista de ser homogénea en todos ellos. Es más, el 76% de los esclavos del mundo actual malvive en una decena de países superpoblados, complejos y no especialmente democráticos (véase figura 1). Aunque, en términos relativos, los países más esclavistas de nuestro mundo serían Mauritania, Haití, Pakistán, India, Nepal, Moldavia, Benin, Costa de Marfil, Gambia y Gabón.

2. Un (mal) ejemplo: Catar

En este ominoso *top* no figura Catar, donde, contra todo pronóstico, cientos de miles de trabajadores extranjeros viven en un estado de semiesclavitud. ¿Cómo es posible que un país rico y desarrollado, conocido por su avaricia compradora, pueda cerrar los ojos, en pleno siglo XXI, a esta realidad? Catar, un pedazo minúsculo de desierto que se baña en el Golfo Pérsico, fue hasta 1971 un protectorado británico donde la gente sobrevivía pescando perlas, hasta que el descubrimiento de grandes yacimientos de gas dio un vuelco a su economía. Hoy disfruta del PIB per cápita más alto del mundo, y está decidido a contar en el mundo. En 2010, —gracias a un gran desembolso de dólares— consiguió que la FIFA lo eligiera como sede del Mundial de Fútbol que se celebrará en 2022.

Catar quiere deslumbrar, pero con apenas dos millones de habitantes, muchos de ellos ricos, necesita recurrir a una ingente masa de mano de obra extranjera. Cerca de 1,3 millones de trabajadores, muchos de ellos de India, levantan ahora las infraestructuras necesarias para el gran evento deportivo. Trabajan largas jornadas, con temperaturas que rondan los 50 grados en verano. En septiembre del año pasado, organizaciones de derechos humanos denunciaron la situación insostenible de estos inmigrantes. La

presión ha sido tan fuerte que, en febrero de 2014, las autoridades del emirato optaron por poner en pie una Carta de Derechos de los trabajadores cuyos puntos esenciales dan una idea de la situación insostenible en que se encuentran. Para evitar los casos nada infrecuentes de que no reciban el salario acordado, se obliga al empresario a crear una cuenta corriente a cada empleado. También se fija el espacio mínimo de que debe disponer cada trabajador en los alojamientos habilitados para ellos: seis metros cuadrados, en habitaciones que deben acoger a un máximo de cuatro personas, cuando en la realidad ocho, diez o más trabajadores se hacinan en espacios insalubres de apenas 20 metros cuadrados. Lo peor es que la Carta de Derechos mantiene intacto el sistema de *vasallaje* laboral conocido en árabe como *kafala* (padrinazgo): los trabajadores sujetos a la *kafala* no pueden cambiar de empleo ni abandonar el país sin la autorización de su *padrino*.

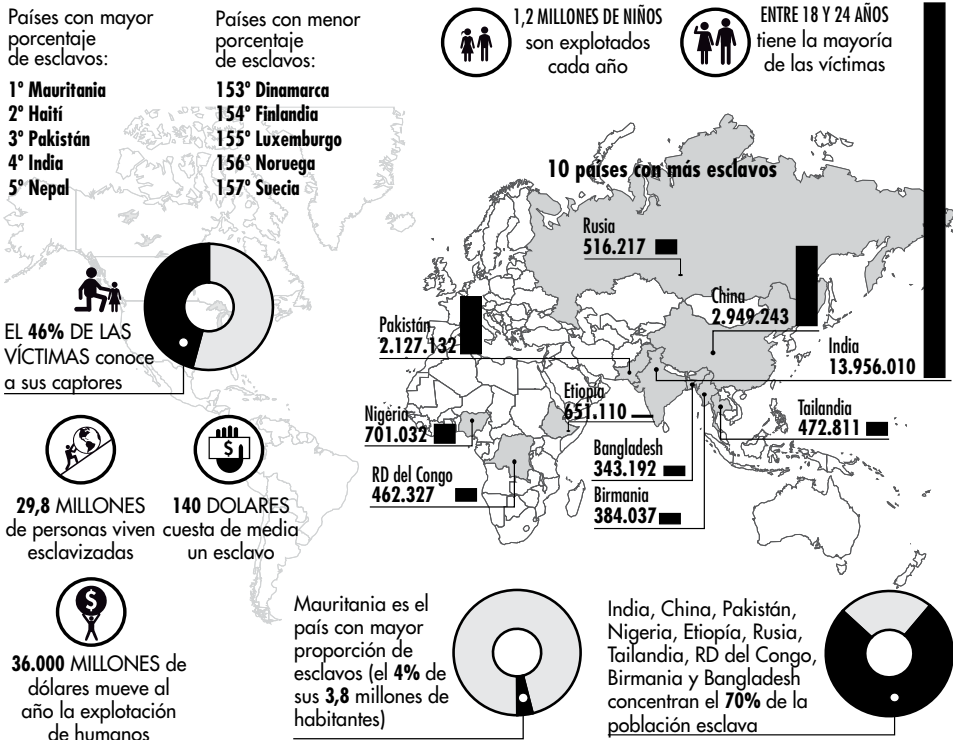
Con razón el documento ha sido calificado de insuficiente por Amnistía Internacional, entre otras cosas, porque «no es una ley, ni siquiera un decreto, no pasa de ser un simple acuerdo comercial entre Catar y sus clientes», como declaró a *Le Monde* James Lynch, de aquella organización. Y sin embargo, la Carta de Derechos ha sido elaborada por un denominado Comité Supremo para Proyectos y Patrimonio de Catar, integrado por fieles del emir, Tamim Ben Hamad Al-Zani, que, desde su ascensión al poder en 2013, ha hecho grandes esfuerzos por dar al país un cierto barniz democrático. Esta vez el barniz no ha podido maquillar la realidad de explotación que sufren cientos de miles de seres humanos en el emirato.

3. Tragedias humanas

Los ciudadanos del Primer Mundo, cómodamente instalados en Estados de Derecho, solemos mirar por encima del hombro a los países donde imperan estas costumbres. Olvidamos que tenemos también parte de responsabilidad en la supervivencia de estas prácticas que roban literalmente la vida a millones de personas. Europa occidental, EEUU, Australia o Canadá juegan ahora un papel secundario, pero igualmente esencial en el florecimiento de estas tramas dedicadas al tráfico de personas con fines de explotación laboral o sexual. Y al mundo desarrollado pertenecen, a menudo, los clientes potenciales de otro comercio criminal, lacra de nuestro tiempo: el tráfico de órganos para trasplantes.

Por dispar que parezca el panorama, por lejanas unas tramas de otras, lo cierto es que hay un denominador común que las unifica a todas. Son los más pobres, desesperados, y débiles del mundo, la legión de desposeídos, los que se ven encerrados en ese círculo infernal que les obliga a trabajar para repagar deudas contraídas injustamente, sometidos a un patrón, de sol a sol y sin derechos laborales, ya sea en una obra, una plantación, o un burdel. Es la desesperante pobreza la que les lleva a vender pedazos de su cuerpo para sobrevivir o alimentar a los hijos. Y es de esta misma miseria y escasez de la que surgen las mafias que los oprimen y destrozan.

Figura 1. — La esclavitud en el mundo de hoy



Fuente: «Dendra Médica» con datos de The Global Slavery Index, Naciones Unidas, US Dept of State (Trafficking in Person Report) y Freetheslaves.net.

Hasta en España, un país modélico, donde el elevado número de donantes permite llevar a cabo una cifra altísima de trasplantes legales al año —nada menos que 4.200 en 2013—, han hecho su aparición las mafias que comercian con órganos. En marzo fueron detenidas cinco personas en Valencia, implicadas en la compra de un riñón a un inmigrante sin papeles ni recursos por 40.000 euros. Pero lo que en España es excepcional, es moneda corriente en países en vías de desarrollo. «En el mundo solo se realiza legalmente el 10% de los trasplantes necesarios», reconocía no hace mucho Luc Noël, coordinador de Trasplantes de la Organización Mundial de la Salud (OMS). En muchos países la compra-venta de órganos ha estado permitida durante años. Hasta 1994, por ejemplo, India era el bazar del trasplante de riñón, pero eso terminó al entrar en vigor nuevas leyes, y desde entonces el tráfico ha pasado a la clandestinidad.

Cualquier rico con necesidades de un riñón nuevo, o un pedazo de hígado con el que sustituir el propio, podía viajar a Filipinas, donde era fácil comprarlo por cantidades ridículas. El fenómeno llegó a ser tan frecuente que, en las aldeas más pobres, lo habitual era encontrarse a campesinos con un solo riñón.

Pero eso era antes. Desde un tiempo a esta parte, Costa Rica, un paraíso natural en Centroamérica, se ha convertido en un centro mundial del tráfico de órganos. Una reciente investigación policial descubrió que el país se había convertido en base de operaciones de un grupo israelí dedicado a la búsqueda de personas sin recursos, dispuestas a vender un riñón a un precio que no superaba los 20.000 euros. Las operaciones quirúrgicas se llevaban a cabo en otros países, pero el proceso de selección de *donantes* se realizaba a través de Costa Rica. También figuraba Israel en la trama destapada en 2009 en Prístina (Kosovo), en una de cuyas clínicas privadas se extraían órganos con destino a pacientes ricos, en el estado judío y otros países. La policía detuvo entonces a un doctor famoso, el cirujano turco, Yusuf Sonmez, conocido como *doctor Frankenstein*, pero tuvo que dejarlo en libertad por falta de pruebas.

4. Explotación sexual

El trasvase permanente y desigual de energía y dinero entre ricos y pobres se produce también en sectores menos sangrientos pero no menos terribles, a través de la explotación sexual. A Europa llegan anualmente medio millón de personas destinadas al *consumo* sexual local, la mayoría mujeres, muchas de ellas jovencísimas, raptadas con ardides de los países del Este europeo, de los Balcanes, o de otras zonas del Planeta. La cifra de esclavas del sexo que recibe España se sitúa en torno a las 40.000 o 50.000 mujeres. Un verdadero ejército de jóvenes sin rostro, sin pasado, que entran clandestinamente en el país para ser usadas con ese fin, de muchas maneras y por muy diversos procedimientos criminales.

Si ampliamos el foco a todo el mundo, nos encontramos con que la cifra de esclavas asciende a casi tres millones, cerca de la mitad menores de edad. En datos económicos, que es como a veces se entienden mejor y se miden con más precisión las más sucias tragedias humanas, se trata de un negocio de entre siete y 12 billones de dólares anuales, según un informe de la ONU. En España, las mafias explotadoras ingresan cinco millones de euros al día, según cálculos de la defensora del Pueblo, Soledad Becerril. Se trata del segundo negocio clandestino del mundo en beneficios, después del tráfico de armas y por delante del de drogas.

Con un agravante. Como ha explicado Siddharth Kara, un profundo conocedor del tema, este negocio es mucho menos arriesgado que el tráfico de drogas. Kara, directivo de la ONG *Free the Slaves*, creada en 2000 por un grupo de intelectuales para luchar contra la esclavitud, era un exitoso *broker* de la banca Merrill Lynch cuando decidió dejar el trabajo y marcharse a recorrer el mundo para conocer de primera mano la situación de las esclavas del sexo en tres continentes. Una conversación, mantenida con una joven bosnia en el campo de refugiados de Novo Mesto (Eslovenia), en 1995, le rondaba la cabeza. La chica le había contado que algunas de sus compañeras habían sido raptadas por soldados serbios con destino a los prostíbulos de Belgrado. Kara cogió una grabadora y una cámara de fotos y se lanzó a conocer los ambientes secretos. En

los países del sur y del este de Asia, en Estados Unidos, en el este de Europa, en los Balcanes y en Italia, Kara tomó contacto con esclavas, trabajadores sociales, proxenetas y algún traficante.

El resultado de este amplio trabajo de campo es un libro: *Tráfico sexual. El negocio de la esclavitud moderna*, publicado en 2011 por Alianza Editorial, que constituye una auténtica radiografía de este negocio inhumano, del que obtienen ganancias fabulosas las mafias que lo controlan, pero que causa indecible sufrimiento a millones de mujeres. Chicas como Mallaika, enferma terminal de sida, tras años de vida en un burdel de Bombay como esclava sexual. Su historia, descrita en el libro, dista de ser infrecuente en India: casada a los 13 años, tras dos hijos muertos al nacer, el marido la vendió a un proxeneta al cumplir los 16 años. Mallaika pasó a vivir entonces en un gigantesco prostíbulo de Bombay, obligada a satisfacer a decenas de clientes al día, como una verdadera esclava sexual. El trato a las internas era brutal. Todos los días morían violentamente esclavas como ella. Después pasó a trabajar como prostituta por el sistema indio de *adhiya*: la mitad de lo que ganaba era para el dueño del prostíbulo. Hasta que los médicos le anunciaron que había contraído el sida.

Hasta hace muy poco, el mundo de la prostitución forzada era un territorio oscuro y desconocido, sin evidencias, datos, ni testimonios de las víctimas. Quizás porque se producía mayoritariamente en países asiáticos, alejados del foco informativo del mundo desarrollado. En países como India, con un apabullante índice de feminicidios, o Tailandia, donde la religión oficial, el budismo *theravada*, consagra la inferioridad ontológica de la mujer, considerada como una reencarnación de menor categoría que el hombre. Pero la llegada masiva a Europa de chicas nigerianas, o de los países del otro lado del antiguo telón de acero, ha puesto este drama en primer plano.

5. Apatía institucional

Los medios de comunicación europeos se han movilizado para denunciar el escándalo del tráfico de jóvenes, obligando así a la policía a actuar, aunque la atención que se presta a estos delitos nunca sea equiparable a la que reciben el terrorismo, el tráfico de drogas, o la inmigración ilegal. Quizás porque la apatía institucional histórica para acercarse al problema refleja la discriminación que todavía sufren las mujeres en el mundo.

Lo cierto es que la vida de las esclavas sexuales está dominada por un mismo horror, de Oriente a Occidente, de Norte a Sur. Ya sean las jóvenes que sobreviven medio drogadas en los prostíbulos más sucios de Bombay, o las chicas del Este europeo obligadas a hacer la calle en Roma.

El ejemplo italiano no es casual. Italia, por su proximidad a Albania, donde funcionan poderosas mafias dedicadas a la trata con fines sexuales y al tráfico de personas sin documentación, es uno de los mayores receptores de esclavas sexuales. Chicas procedentes de Moldavia, Ucrania, Bulgaria, Rumania, Montenegro, que responden



Figura 2.—Madre nepalí tratando de encontrar a su hija capturada para un prostíbulo en la India (©Kay Chernush for the U.S. State Department, 2005).

a anuncios en la prensa local, en los que se ofrecen puestos de camarera o de modelo en Milán. Chicas que son violadas nada más llegar al país, encerradas en pisos y obligadas a prostituirse para pagar, supuestamente, los gastos del viaje que les ha conducido al horror.

La oferta de esclavas sexuales en Italia es tan abundante, que los precios del acto sexual se han reducido a la mitad. La clientela se ha multiplicado, porque frecuentar prostitutas está totalmente integrado en la cultura local. Después de ser explotadas en los tugurios de Roma, Turín, Mestre o Milán, muchas de estas mujeres son enviadas a otros países de Europa donde continúa su calvario.

Las historias de estas chicas se parecen entre sí. Y son muy similares a la de la protagonista del filme sueco *Lilya Forever*, realizado en 2002 por Lukas Moodison, que provocó verdadera conmoción en el Festival de Venecia de ese año. Lilya, una adolescente de una ex república soviética, lleva una vida a la deriva, abandonada por su madre, que

opta por emigrar en solitario a los Estados Unidos. En situaciones de desintegración social, los lazos familiares se debilitan y el “sálvese quien pueda” deja en tierra a los niños, que terminan en los orfanatos, y a adolescentes que acaban en la calle. Lilya se enamora de un joven que la convence para viajar juntos a Suecia. Allí descubrirá que el *novio* en cuestión no es más que un farsante mafioso que la dejará en manos de unos proxenetas. El espectador asiste horrorizado a la esclavitud de Lilya, encerrada en un piso y vendida por horas a diversos hombres, ciudadanos normales del muy desarrollado Estado sueco, sin escapatoria y sin futuro.

Conscientes de esta situación, las autoridades suecas han sido las primeras en optar por una discutida iniciativa: multar a los clientes de prostitutas.

En otros países, como Alemania, la prostitución no solo es legal, sino que muchos burdeles han introducido incluso un criterio comercial para atraer clientes, que penaliza

enormemente a las prostitutas. El sistema consiste en cobrarles una tasa de entrada que da derecho a una especie de barra libre de contactos sexuales. Una medida que no ha evitado el auge sin freno de la trata de mujeres para explotación sexual, quizás porque ha expandido el mercado y ha estimulado una demanda que es preciso satisfacer con *esclavas*.

En el mercado global la demanda es el motor de todo negocio, y a ella se adapta la oferta. Y la demanda no decrece. Se calcula que entre el 6% y el 9% de los hombres mayores de 18 años compran sexo de esclavas al menos una vez al año, en cualquier rincón del mundo. Las razones pueden ser variadas, las culturas diversas, pero no hay país del mundo donde los hombres no acepten con la máxima naturalidad esa relación mercantil con el sexo, sin preguntarse qué razones han llevado a la *trabajadora* a ejercer el llamado *oficio más antiguo*, ni en qué condiciones lo ejerce. Tampoco el sexo con menores plantea a muchos clientes la menor duda moral. Estados Unidos, con leyes prohibicionistas muy estrictas e implacablemente aplicadas —salvo en el estado de Nevada, que autoriza la prostitución— es uno de los pocos lugares del mundo donde el comercio sexual es menos boyante.

Paradójicamente, pertenecer al mismo contingente de *esclavos* no establece vínculos de hermandad entre prostitutas forzadas a ejercer e inmigrantes, que han pasado a ser en muchos países sus principales clientes. Hombres jóvenes, que llegan solos a países desconocidos que no les acogen con especial calor, y que satisfacen sus necesidades sexuales recurriendo a mujeres víctimas del tráfico. Es difícil que se planteen problemas de conciencia, cuando el destino les ha colocado a ellos mismos en los márgenes de la sociedad. Hay razones biológicas y sociales, pero lo cierto es que sin hombres dispuestos a pagar por sexo no existiría esta esclavitud.

6. Capitalismo global, guerras y tráfico de personas

Siddharth Kara (*Adjunct Lecturer in Public Policy* en la Harvard Kennedy School, Cambridge, Massachussets) cree que la trata de seres humanos es una de las consecuencias más horribles del capitalismo global, que ha derribado fronteras con el único objetivo de poner al alcance de los países ricos mano de obra barata que llega del fin del mundo, o esclavas sexuales. Se produce así un trasvase neto de riqueza y recursos de las economías pobres a las ricas, sin que cambie un ápice la relación de fuerzas entre países desarrollados y países en vías de desarrollo.

El tráfico de personas se ha convertido en uno de los fenómenos que más preocupa a las ONG que defienden los derechos humanos. También la Iglesia Católica le presta una enorme atención, a través de organismos como la COATNET (*Christian Organizations Against Trafficking in Human Beings*), que recoge datos sobre la trata y presta ayuda a las personas que la necesitan.

En España, la Comisión de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española (CEE), Cáritas Española, la Fundación Cruz Blanca, Justicia y Paz y la Conferencia de Reli-

giosos de España (CONFER) han publicado una guía didáctica para que los docentes de secundaria la distribuyan entre los estudiantes. En ella se les alerta de que el sexo no es siempre una fuente de placer, también puede ser un motor de esclavización.

Nadie es más vulnerable a sufrir abusos de cualquier tipo y a perder la vida en arriesgados desplazamientos, que los millones de refugiados que han huido de las distintas guerras que se libran en diversas regiones del mundo. En Siria, donde la contienda ha cumplido tres años, con un saldo de 140.000 muertos, nueve millones de personas han tenido que dejar sus hogares. Cerca de dos millones han encontrado refugio en los *macrocampos* habilitados precariamente para ellos en Jordania, Líbano o Turquía. Una vida llena de sobresaltos a la que están trágicamente habituados los civiles de Sudán del Sur, un territorio que lleva décadas en guerra. Desde el último brote de violencia, en diciembre pasado, son cerca de 950.000 los refugiados que han dejado sus aldeas huyendo de los combates. En enero pasado, más de 200 sudaneses se ahogaron al hundirse el ferry que les trasportaba a través del Nilo Blanco.

Pero no siempre es la guerra la que empuja a la gente a dejarlo todo y a hipotecar su vida en viajes arriesgados. Las aguas del Estrecho de Gibraltar, paso obligado para los inmigrantes sin papeles que cruzan de África a Europa, se han tragado 20.000 vidas humanas en el último cuarto de siglo. Más mortífero —aunque no haya un balance global— es el camino que ha llevado históricamente a los emigrantes africanos a cruzar el Mediterráneo desde las costas de Libia hacia Italia en ruinosas barcas. Con dramática frecuencia, esas precarias embarcaciones sobrecargadas se hunden en las costas de la idílica isla italiana de Lampedusa, convertida en un cementerio a cielo abierto para muchos de los desesperados que transportan. Hombres jóvenes, mujeres y niños que ya no son arrancados a la fuerza de sus países por crueles negreros, sino engañados miserablemente por los traficantes de personas que les cobran miles de euros por un pasaje a bordo de ruinosas naves incapaces de afrontar la simple mar gruesa.

Atravesar el Mediterráneo en patera, o llegar desde las costas africanas a las islas Canarias puede ser un viaje extremadamente arriesgado con temporal, pero los riesgos que afrontan a diario los inmigrantes sin papeles que viajan desde Centroamérica a los Estados Unidos, a través de México, tienen que ver no con los elementos sino con sus semejantes.

La frontera que separa la República de México de la gran superpotencia mundial ha sido calificada por la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) como la ruta terrestre más peligrosa junto con el tránsito por el desierto del Sáhara. Miles de inmigrantes clandestinos la recorren todos los años, pese al altísimo riesgo, ante la irresistible promesa de prosperidad que significa el gran país del Norte. Los peligros se multiplican en esta zona. Del lado estadounidense, les esperan las patrullas de policía y el devorador desierto de Arizona, que se cobra decenas de vidas al año. Del lado Mexicano, tienen que afrontar la amenaza constante de los narcos que les roban los ahorros, violan a las mujeres, y obligan a los que intentan el salto a hacer de *camellos* improvisados. Ciudades como Altar, a un centenar de kilómetros al sur de la frontera con los Estados Unidos, o Nogales, a la misma distancia de Tucson (Arizona), son el



Figura 3.—La niña, junto con su familia, fue vendida al dueño de una fábrica de ladrillos para satisfacer una deuda. Sin conocimientos del idioma local, la familia se aísla y vive en condiciones terribles (©Kay Chernush for the U.S. State Department, 2005).

punto de encuentro de los inmigrantes y los *coyotes*, los tipos que funcionan como guías para pasarles la frontera, en furgonetas destartadas donde viajan hacinados, por un precio que oscila entre los 100 y los 300 dólares. Hasta llegar a cualquier de estas dos ciudades, que basan su economía en los emigrantes que sueñan con dar el salto a los Estados Unidos, el camino es largo y repleto de peligros.

Los carteles mexicanos de la droga tienen en EEUU el grueso de su clientela y disponen de auténticos ejércitos mercenarios que intimidan, extorsionan y hasta asesinan a los inmigrantes que no pueden pagar el soborno exigido por dejarlos pasar. Los aspirantes a una vida mejor que llegan a esa línea fronteriza procedentes de Honduras, de Guatemala o de cualquiera de los países de Centroamérica caen a menudo en manos de estas tropas mafiosas. Les roban, y les obligan a pagar cantidades exorbitantes para llegar a su destino...que algunas veces es la muerte. No sorprende que, sometidos a esa presión, haya emigrantes dispuestos a engrosar las filas de los *ejércitos* mafiosos.

Los medios mexicanos creen que los peligros para los inmigrantes aumentaron hace ocho años como consecuencia de la ofensiva contra los *narcos* lanzada por el expresidente Felipe Calderón. Muchos carteles encontraron más lucrativo explotar a los emigrantes que viajan con los ahorros de toda una vida encima, que enfrentarse al ejército y la policía mexicana para mantener el negocio del tráfico de drogas.

Decenas de películas han relatado con crudeza las humillaciones y explotación que sufren algunos de los que recorren esta ruta, en autobuses, vadeando ríos, o a bordo de La Bestia, el tren de mercancías más utilizado para cruzar México. Lo que sí está demostrado es que esta legión de pobres indocumentados es explotada a conciencia. Viajar de mala manera en La Bestia cuesta entre 100 y 500 dólares. Para el que no cuenta con esa suma la esperanza de llegar a la frontera es escasa. Se les detiene y se reclama dinero a las familias. Si no hay respuesta, un tiro en la nuca basta para resolver el problema.

La constancia de esta terrible realidad llegó hace cuatro años, cuando se descubrió una fosa con 72 cadáveres de inmigrantes en la localidad de San Fernando (Tamaulipas). El testimonio de un joven ecuatoriano que logró escapar de sus verdugos, permitió hallar los cuerpos sin vida de 58 hombres y 14 mujeres, maniatados, asesinados por la espalda y abandonados en un terreno baldío. La posterior investigación demostró que las víctimas procedían de Honduras, El Salvador, Guatemala, Ecuador y Brasil.

Los activistas sociales y religiosos que prestan ayuda a los inmigrantes coinciden en señalar que el suceso de San Fernando es sólo la punta del iceberg de un trágico fenómeno mucho más extendido. Aseguran que la ruta mexicana hacia EEUU está llena de fosas clandestinas. A menudo, ellos mismos encuentran cadáveres en las vías del tren y tienen que cavar las tumbas. Y, a veces, el tremendo hallazgo demuestra lo cercanas que están las distintas especialidades delictivas: hace un año se localizaron en Oaxaca fosas clandestinas repletas de cadáveres a los que se habían extirpado diversos órganos.

La situación llegó a un extremo que llevó a las autoridades mexicanas a poner en marcha un plan de protección a estos emigrantes. Hasta el momento, sin embargo, el plan no ha cosechado frutos apreciables. Hay quien estima que el 70% de los migrantes

centroamericanos que tratan de cruzar México son asaltados, y alrededor del 1% son asesinados. Pero nadie ofrece datos fiables, porque dada la clandestinidad en que se desarrolla este paso, las autoridades mexicanas tienen dificultades para recabarlos, y quizás no demasiado interés.

7. Explotación infantil

Muchas de las víctimas de la frontera son niños. Los más débiles de los débiles, sometidos a toda clase de vejaciones y abusos en los países menos desarrollados. Explotados como mano de obra casi gratuita en India y Pakistán, trabajan en el campo interminables jornadas y, en el caso de las niñas, pueden ser carne de prostíbulo desde una tierna edad.

Las instituciones internacionales que velan por la infancia lanzan la alarma sobre esta situación intolerable, cada 12 de junio, Día Internacional del Niño. Asimismo, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) ofreció hace unos años datos escalofriantes de lo que significa en cifras la explotación infantil. Nuevamente la región de Asia y el Pacífico, que incluye tres de los países más poblados del mundo, China, India e Indonesia, era la que arrojaba el mayor número de niños trabajadores.

En todo el mundo son cerca de 122 millones los niños de entre los 5 y 14 años de edad que se ocupan de cultivar la tierra, limpiar las casas o cuidar granjas, en jornadas interminables y sin remuneración alguna. Y lo peor es que al menos la mitad, desempeña trabajos peligrosos. El propio Gobierno indio admitía una cifra exorbitante (12,6 millones) de niños atrapados en las redes del tráfico infantil (más del 1 por ciento de la población). Los sectores donde se les emplea normalmente son la agricultura, lo que les pone en contacto con pesticidas, sin protección y cuando son por su debilidad física especialmente vulnerables, el servicio doméstico y la prostitución. Los esfuerzos de las autoridades indias por acabar con esta lacra se concretaron en una ley, aprobada en 2006, que prohíbe el trabajo de los menores de 14 años, pero su aplicación dista de ser un éxito. Entre otras razones porque, en un país con cerca de 350 millones de personas bajo el umbral de la pobreza, son las propias familias las que esclavizan a sus hijos, o venden a sus hijas al mejor postor, aún a sabiendas de que terminará sus días en un sórdido prostíbulo.

El mundo es maravilloso para los mil millones de personas que gozamos del privilegio de ser ciudadanos del mundo desarrollado. Pero en nuestra conciencia pesa la certeza de que a nuestro lado, muchos de nuestros semejantes viven en el infierno.

